

Rusia?... Y á propósito, señor, ¿con que ya no tenemos ministro de Hacienda?

—¡Ya no tenemos ministro de Hacienda!— replicó Fernando con afectacion de pesadumbre festiva.—Estamos sin ministro de Hacienda. ¡Qué desventura! Dí Ugarte, ¿tenemos aire que respirar y sol que nos alumbre?

Todos prorumpieron en sonoras carcajadas, fórmula entónces la más gráfica de la adulacion.

—¡Oh! señor—dijo Ugarte con irónico acento dramático,—estamos muy mal. ¡El mundo se desquicia!... ¿Qué va á ser del reino sin ministro de Hacienda?

—Como que no sabemos que dos y dos son cuatro si el ministro de Hacienda no nos lo dice...—añadió el Rey, produciendo nueva explosion de risas.—Pero recobra el aliento, querido Ugarte, que hay ministro.

—¿Quién, señor? ¿Se puede saber?

—El mismo, el *señor alcalde de Móstoles*.

—¡Oh!—exclamó Ugarte con cierta confusion.—Me habian dicho que el Sr. D. Juan Perez se habia ido esta tarde á tocar el órgano del pueblo á que debe la celebridad.

—No hagas caso—dijo el Rey—no tengo motivos para despedir á Villamil. Sólo que esta *vil chusma*, como dice Ceballos, es capaz con

sus chismes y enredos de trastornarme los ministerios todos los dias.

—Pues por Madrid ha corrido la noticia—añadió Antonio I.—Por cierto que se daba á D. Felipe Gonzalez Vallejo como sucesor de D. Juan Perez.

—Eso quieren estos—dijo Fernando, señalando con desden á Alagon y á los dos criados.—En caso de vacante, tal vez...

—Pues el consejo del duque me parece acertado—dijo Ugarte.—Vallejo es hombre que lo entiende, aunque no lo parece. Es de esos cuya apariencia engaña.

—¡Y tanto que engaña!—repitió Fernando con malicia.—Cualquiera creeria, oyendo á Vallejo, que es tonto solemne de siete capas. Se lleva uno cada chasco...

—Casi siempre engaña la apariencia en los hombres de Estado—repuso Ugarte.

—Vamos, ya cogió D. Antonio su tema favorito—dijo el duque riendo.—Va á hablar pestes de Ceballos.

—No, nada de eso... Acabo de separarme de él en casa de unos amigos—replicó D. Antonio.—Tan guapote como siempre...

—Aquí—dijo el Rey sonriendo,—se ha dicho esta noche que es el jefe de los masones.

—Como D. Pedro ha de estar en todo—re-

puso Ugarte con mucho gracejo—nada tiene de particular que esté tambien en la masonería. ¿No le llaman por ahí *el indispensable*?

—Y el *cambia-colore*.

—¿No ha figurado en todos los partidos desde 1808?

—Vamos, no murmurar—dijo Fernando.—Se miente mucho y se dicen muchas falsedades.

—Ciertamente—añadió Alagon con punzante ironía.—Que D. Pedro Ceballos, despues de ser ministro de Cárlos IV y del Sr. D. Fernando VII, fué á Bayona y se vendió á Bonaparte... ¡falsedad!—Que el Sr. D. Pedro Ceballos, acompañado del mason Urquijo y del inquisidor Llorente, redactó la constitucion de Bayona... ¡falsedad!—Que el mismo señor firmó la circular del 8 de Julio á los agentes diplomáticos, mandándoles reconocer al rey Botellas... ¡falsedad!—Que el susodicho, volviéndose del revés, publicó un célebre manifiesto en que ponía como ropa de pascuas á Napoleon, á José y á Godoy... ¡falsedad!—Que despues ofreció sus servicios á las Córtes de Cádiz, las cuales le hicieron consejero de Estado... tambien falsedad y calumnia... En fin, que mi hombre cansado de tantos naufragios, arribó al puerto del gobierno absoluto, donde echó el ancla é izó bandera de...

—¡Alto, alto!...—exclamó con mucha zunga Fernando VII;—alto, querido Alagon, que te metes en terreno de mi tío el almirante.

Todos prorrumpimos en alegres risotadas.

Un lacayo anunció la visita de dos personajes, diciendo:

—D. Pedro Ceballos, D. Juan Perez Villamil.

Pocos minutos despues, en la tertulia y placentero corrillo junto á la chimenea y alrededor de nuestro Rey, éramos siete; ocho, contando con el astro hispano de que éramos satélites.

Villamil hablaba poco y era hombre muy sério. Ceballos, por el contrario, gustaba de recrearse en sus propias palabras y era festivo, grave, frívolo ó sesudo, segun el humor de sus interlocutores. El primero que rompió la palabra, sin embargo, fué el ministro de Hacienda, sin duda porque traia dentro del cuerpo algo que anhelaba echar fuera.

—Señor—dijo respetuosamente.—Por ahí se dice que he dejado de ser ministro de Hacienda. Como Vuestra Majestad no se dignó decirme nada esta mañana, vengo á saber si es cierto, para retirarme al sosiego de mi casa,

de donde no me gusta salir sino para el servicio de Vuestra Majestad.

—¿Qué estás hablando? ¡Qué dejas de ser ministro!—exclamó Fernando con afectado asombro.

—Así se dice, señor.

—¿Habeis oído algo?—preguntó Su Majestad, recorriendo con sus ojos el círculo de semblantes que ante sí tenía.

—Yo no he oído nada...

—Ni yo.

—Todos dijimos que no, haciéndonos los pasmados.

—Ya estoy cansado de recomendar que no se haga caso de paparruchas,—dijo gravemente y con mucha energía nuestro soberano. Pues qué, ¿dejarías tú de saberlo, si no estuviese contento de tu ministerio? ¿Por qué habia de ocultarlo hasta el momento de sustituirte?

—Eso mismo digo yo. Si Vuestra Majestad...

—¿Y qué tenemos de negocios?—dijo bruscamente Fernando, interrumpiendo á su ministro.

—Los decretos que pasaron á informe del Consejo, están ya despachados—repuso Ceballos.

—¿Cuándo quiere Vuestra Majestad que se publiquen?—preguntó Villamil.

—Cuanto ántes, hombre. Ya debieran estar publicados.

—No se dirá que no se trabaja en los ministerios,—manifestó Ugarte, dirigiendo principalmente sus miradas al secretario de Estado.

—Ahí es nada la balumba de disposiciones que van á promulgarse estos dias.

—Decreto prohibiendo las máscaras—dijo Ceballos;—decreto prohibiendo los periódicos; decreto encargando la educacion de los niños y niñas á los frailes y á las monjas; decreto recomendando que se respete y venere á los ministros del altar; circular mandando á los españoles que guarden la mayor compostura dentro de la iglesia; circular disponiendo que las señoras se vistan con modestia para asistir á las funciones religiosas... en fin, la perturbacion en que el reino quedó despues de las Córtes, exige que se trate de poner algun arreglo en esta sociedad... He enumerado las disposiciones que Vuestra Majestad se ha dignado proponer y que se me entregaron en minuta escrita de su puño y letra... La prevision y tino de Vuestra Majestad son dignos del mayor elogio. Los citados decretos son convenientísimos y de grande aplicacion en el estado del reino... Queda, sin embargo, mucho por hacer todavía. Nosotros, como más en contacto que

Vuestra Majestad con los negocios públicos y las necesidades del reino, hemos observado irregularidades y asperezas y situaciones anómalas y tirantes que deben desaparecer.

Fernando oía con mucha atención á su ministro de Estado, y los demás también.

—Explícate mejor—dijo el Rey.—Ya sabes que siempre te oigo con gusto.

Inclinándose agradecido Ceballos, prosiguió así:

—Aquello en que principalmente hay que poner mano es la irregularidad del gobierno de las provincias de Andalucía. Hay en Sevilla un hombre llamado Negrete, á quien todos conocemos, el cual domina allí como dictador, sin documento alguno que acredite su autoridad, diciéndose emisario del gobierno y atropellando á todo el mundo del modo más inicuo. La exageración y la saña son tan perjudiciales al Estado, como la tibieza y blandura excesivas. Las provincias de Andalucía están aterradas, señor, con la presencia de tal mónstruo. No sabemos qué magia terrible lleva ese hombre en sus palabras; pero es lo cierto que los mismos jueces tiemblan ante él. Llena ese vil los calabozos sin más ley que su capricho, y so color de perseguir y exterminar á los liberales, comete los más infames atropellos. El mismo

forma brevemente las causas, asistido de viles sicarios, y las falla en el tribunal de la Inquisicion, donde se ha constituido en juez supremo... Ahora digo yo, señor, ¿puede esto tolerarse?... ¿es posible gobernar á una nacion de esta manera? Vuestra Majestad no ha dado poderes á ese hombre...

—¡Oh, no; seguramente que no!—dijo Fernando con aplomo imperturbable.

—Nosotros los ministros tampoco; el Consejo tampoco: luego ese hombre es un falsario; ese hombre es instrumento de algunos pérfidos que subterráneamente, ó quizás de un modo hipócrita, fingiendo interés por Vuestra Majestad, se complacen en sostener esta sangrienta intriga, que perturba el reino todo y hace odioso el paternal gobierno establecido á costa de tantos sacrificios.

Hubo una pausa. El soberano meditaba.

—Cosas de la masonería—indicó Ugarte.

Y repitieron todos.

—Cosas de la masonería.

En aquel tiempo, la culpa de todo se echaba al gato, es decir, á los masones.

—Yo encargaré á Echavarri—dijo al fin Fernando muy sériamente,—que se ocupe con empeño de descubrir los autores de tales atentados y de ponerles remedio.

Echavarri era el ministro de Seguridad pública.

Todos fijamos la vista en Su Majestad, que contemplando el fuego, movía dulcemente los labios, tarareando y sonriendo.

—Ceballos, ¿has visto hoy á Pepita?—dijo de súbito.

—¡Oh, sí!—repuso el cortesano, cambiando repentinamente de semblante y tono y poniendo en olvido como por encanto á Negrete y sus tropelias.—La he visto. Está muy incomodada con el duque por cierta canongía.

—¿De veras?—preguntó Su Majestad riendo.

—Traslado la incomodidad al Sr. Collado—dijo el duque,—que en su afán ambicioso ha dejado á esa señora sin la prebenda que le prometí.

—¡Qué demonio!—exclamó perezosamente Fernando.—Dádsela, dadle cualquier cosa... Por no oirla se le podrian regalar dos mitras.

—¡Dos mitras!—dije yo.—Las tiene todas la negra del Sr. Villela.

Más adelante hablaré del Sr. Villela, de su negra y de las mitras de la negra del Sr. Villela.

—Como esa canongía estaba ya dada—manifestó Collado,—pensé que le vendria bien á doña Pepita una superintendencia de Arbitrios,

y esta mañana le dí la nota al Sr. Villamil.

—Se hará inmediatamente—repuso el hacendista.

—O se le dará la bandolera vacante—dijo Alagon.

—¿Pero hay todavía superintendencias de Arbitrios?—preguntó humorísticamente el Monarca,—mejor dicho, ¿hay arbitrios todavía? Yo pensé que todo eso pertenecía á la historia, segun están las cajas del Tesoro de lisas y mondas.

—Señor—dijo Villamil,—el estado del Erario no se oculta á Vuestra Majestad. El escaso producto de los impuestos no basta ni con mucho á cubrir los enormes gastos, aumentados cada dia con la creacion de nuevos destinos. El reino no tiene recursos para costearse su ejército, ni su marina, ni para dotar dignamente la Casa Real ni su régia guardia; España es pobre, pobrísima; necesita los caudales de América para vivir con algun decoro entre las naciones de Europa.

—Y esos caudales de América, ¿dónde están?

—¡Ay, eso es lo que á todos nos contrista! Fácil seria gobernar la Hacienda, si América nos enviase los tesoros que aquí nos hacen falta. Esa gran canongía de nuestra nacion no ha durado todo lo que debiera. Reflexione Vuestra

Majestad, como Rey previsor, sobre la gravedad de esta situación. La América está toda sublevada, y las juntas rebeldes funcionan en Buenos-Aires, en Caracas, en Valparaiso, en Bogotá, en Montevideo. Si Méjico está aún libre del contagio, los americanos de Washington se encargan de trastornar también aquel país, del mismo modo que el Brasil nos trastorna el Uruguay, é Inglaterra nos revuelve á Chile. La insurrección americana exige un gran esfuerzo, un colosal esfuerzo. Es preciso mandar allá un ejército; pero para esto, señor, se necesitan tres cosas: hombres, dinero y barcos.

—¡Hombres, dinero, barcos!

—Lo primero no falta; pero ¿cómo los equiparemos, y sobre todo, en qué buques les lanzaremos al mar? Vuestra Majestad no tiene en su marina un solo navío que valga dos cuartos, y los arsenales carecen de elementos para la construcción.

—¡Risueño cuadro acabas de trazar!—dijo Fernando, hundiendo la barba en el pecho.

—Risueño no, pero sí verdadero—afirmó D. Juan Perez.—Si ocultase á mi Rey la verdad, sería indigno del afecto que Vuestra Majestad me profesa.

—Y que te profesaré siempre. Has hablado como un buen ministro. Nada de fantasías ni

palabras bonitas. Así me gusta á mí... Pues es preciso buscar dinero y buscar hombres y buscar barcos.

—Señor, no olvide Vuestra Majestad—dijo Ceballos,—que si se lleva adelante la negociacion con Inglaterra sobre la abolicion de la trata de negros, ó hemos de poder poco ó nos han de dar una indemnizacion de muchos miles de libras.

—Es verdad: para resarcir los perjuicios de los tratantes de esclavos... A ver, Ceballos, Villamil,—añadió Fernando con dulzura,—estudiad un plan, un plan cualquiera que mejore la situacion en que nos hallamos. A uno y á otro os sobra talento para eso y para mucho más... ¿Me entendéis? Discurrid un plan vasto, que nos proporcione los recursos necesarios para sofocar la insurreccion americana, bien sea creando impuestos, bien pidiendo dinero á los holandeses ó á los judíos de Francfort, bien logrando los buenos oficios de alguna nacion poderosa... en fin, ya me entendéis.

—Ya manifestaré más adelante á Vuestra Majestad algo de lo mucho qua he meditado sobre el particular,—dijo Ceballos.

—Y tú, Villamil, discurre, trabaja, proponme algo,—prosiguió Fernando.—Por supuesto, no puedes figurarte lo que me mortifica que ha-



yas creído en esas ridículas hablillas acerca de tu destitucion.

—Señor...

—Hablabremos más despacio mañana... Puedes irte tranquilo y seguro de que sé apreciar tu lealtad... ¡Oh, Villamil!... No abundan los hombres como tú... Vamos, otro cigarrito.

Diciendo esto Su Majestad, con aquella bondad peculiar, que indicaba tanta honradez y nobleza en su carácter, ofreció un cigarro á D. Juan Perez Villamil.

—Gracias, señor, acabo de fumar.

—Enciéndelo para salir. Como este habrás fumado pocos... Mira, puedes llevarte todo el mazo,—añadió ofreciéndoselo galantemente.

—Señor...

—Nada, que te lo lloves. Tengo gusto en ello.

Cuando D. Juan Perez, apremiado por la bondadosísima y gallarda fineza del Príncipe, tomaba los cigarros, yo sentia que un cuerpo duro tocaba mi codo. Era el codo del señor duque de Alagon.

Villamil y Ceballos se levantaron para marcharse.

—Que vengas mañana temprano,—repitió el Rey.—A ver si discurre algo. Y tú Ceballos, si ves á Pepita... en fin, ya sabes: una supe-

rintendencia de provincia ó la bandolera vacante... lo que ella prefiera.

—En el despacho de mañana—dijo Ceballos, que se habia quedado muy taciturno,—tendré el honor de leer á Vuestra Majestad la contestacion que he dado á la nota de D. Pedro Gomez Labrador.

—Sí, bueno, todo lo que quieras... mañana... adios, ¡pero qué tarde es!... podeis retiraros... yo tambien me voy á recoger—dijo Fernando con impaciencia.

Los ministros salieron y quedamos solos los camarilleros.

## XXI

Apenas se cerró la puerta tras los dos repúblicos, Fernando se levantó y con las manos en los bolsillos, dió algunos pasos por la habitacion. Ugarte le miraba sonriendo. Ninguno de los demás nos atrevíamos á desplegar los labios, y el silencio se prolongó hasta que el mismo soberano se dignara romperlo, preguntando:

—¿Qué dices á esto, Ugarte?

—Que admiro la paciencia de Vuestra Ma-

jestad,—repuso el ex-bailarin.—Segun el señor Juan Perez, ya no hay colonias, ya no hay soldados, ya no hay barcos; ya los españoles no tienen alma para vencer las dificultades. Sostendrá tambien el abuelillo que ya no hay aire que respirar, ni sol en el cielo.

—La verdad es—dijo Fernando deteniéndose meditabundo ante la chimenea—que no estamos en Jauja.

Y luego dando un suspiro, añadió:

—Hay que despedirse de las Américas.

—¿Por qué, señor?—dijo bruscamente Ugarte.—Se exagera mucho. Persona venida hace poco de allá, me ha dicho que toda la insurreccion americana se reduce á cuatro perdidos que gritan en las plazuelas.

—Lo mismo me ha escrito á mí un amigo—añadí yo, forzando los argumentos de mi patrono.—Unos cuantos presidiarios, con algunos ingleses y norte-americanos, echados por tramposos de sus respectivos países, sostienen la alarma en aquellos lejanos reinos de Vuestra Majestad.

—Pues id vosotros á reducir á la obediencia á esas dos docenas de facciosos—dijo el Rey.

—Señor, en resúmen,—manifestó Ugarte,—mande Vuestra Majestad á América, un ejército, un verdadero ejército, con una escuadra,

en vez de medias compañías dentro de una goleta como se ha hecho hasta aquí, y á los cuatro meses se verán los resultados.

—¿Y ese ejército, dónde está?—preguntó friamente.

—¿Dónde están los vencedores de Napoleon? Parece mentira que Vuestra Majestad haga tales preguntas.

—Hombres valerosos no faltan; pero ¿cómo se les organiza, cómo se les viste, cómo se les mantiene?

—Muy sencillamente,—repuso Ugarte, alzando los hombros:—organizándolos, vistiéndolos, manteniéndolos.

—Tú tendrás alguna mina. ¿Quieres decirme dónde está?

—Dos palabras, señor—dijo Ugarte, echando el cuerpo hácia adelante en su sillón y apoyando el codo en la rodilla, mientras el Rey se sentaba junto á él.—He dicho á Vuestra Majestad la otra noche que me atrevia á organizar un ejército expedicionario, siempre que tuviera para ello la competente autorizacion.

—Yo te la doy—replicó Fernando.—A ver de dónde vas á sacar ese ejército, y cómo lo vas á sostener.

—Vuestra Majestad me dijo tambien la otra noche que consagraria á tal objeto y pondria

á mi disposicion una parte mínima de las rentas reales.

—Es verdad.

—Pues el alistamiento se hará, señor—afirmó D. Antonio con resolución admirable.—No tiene que pensar más en ello Vuestra Majestad.

—Bueno, ya está el alistamiento. Ahora hazme el favor de decirme si vas á mandar á América esos soldados en cáscaras de nuez.

—No señor, que los mandaré en magníficos navíos y barcos de transporte,—repuso el arbitrista con una plañentera y llana confianza que á todos nos dejó pasmados.

—Pero ya sabes que no los tenemos.

—Se compran.

—¡Se compran!... Y dice «se compran» como si costaran dos pesetas.

La naturalidad admirable con que Ugarte hacia frente á los mayores obstáculos, la frescura, digámoslo así, con que todo lo resolvía y allanaba, no podían ménos de cautivar el ánimo del Soberano, agobiado por el continuo clamoreo de sus ministros. Todos los demás contertulios observábamos con verdadero asombro la prodigiosa iniciativa de Ugarte, y ante tanto ingenio, ante tan firme voluntad, callábamos confundidos.

—Pues es claro que se compran—añadió el proyectista.—Apostaría á que Vuestra Majestad va á preguntarme que con qué dinero.

—Justo.

—Pues yo respondo que, si poseo la confianza de mi Soberano, me sobrarán fondos en que elegir.

—Quizás cuentas con la indemnizacion que nos va á dar Inglaterra.

—¿Por qué no?

—Pero es para resarcir á los negreros.

—Eso es, pagar á los negreros y que se pierdan las Américas. ¿No vale más dejarles sin indemnizacion, y conservarles los esclavos y las tierras?

—Está dicho todo—exclamó resueltamente Fernando, cediendo por completo á la seductora sugestion de aquel brujo que prometia los imposibles y teñia con frescos y brillantes colores el entenebrecido horizonte de la política.—Está dicho todo. Tienes mi autorizacion para hacer el alistamiento, para tomar de la real Hacienda los fondos necesarios, para tratar de la compra de buques, vestuario y demás.

De aquella conversacion, brotó el poder oculto que D. Antonio Ugarte tuvo durante algun tiempo, y en virtud del cual, hasta llegó

á celebrar tratados con potencias extranjeras en calidad de *secretario íntimo* de Su Majestad. Más adelante veremos cómo alistaba tropas y qué tal mano para comprar buques tenía D. Antonio. Sus proyectos forman una página curiosa en la historia del absolutismo.

—Ya se vé—dijo despues de una pausa, durante la cual observaba los dibujos de la alfombra.—Con hombres como Villamil las dificultades se multiplican. Al buen alcalde se le antojan sus dedos huéspedes, y como en todas las ocasiones difíciles se asesora de Ceballos...

—El pobre Ceballos—dijo Fernando,—ha trabajado como un negro en ese fastidioso asunto del Congreso de Viena. No se le debe criticar, y si no se ha conseguido más, no ha sido por culpa suya.

—Entre Labrador y Ceballos, como si dijéramos, entre Herodes y Pilatos, España está haciendo un papel ridículo en Viena.

—¿Pero qué puede esperarse de un plenipotenciario que ya ha mostrado no tener ni dignidad ni carácter?—dijo el duque de Alagon.  
—¿No fué Labrador ministro de Estado en las Cortes de Cádiz, y despues realista furibundo?

—Y al presentarse en Cádiz felicitó á las Cortes por el *sábido Código* que habian hecho—añadí yo.

—En manos de estos hombres que ayer eran liberales locos y hoy absolutistas rabiosos—dijo Ugarte,—nuestra política exterior no puede ménos de ser desastrosa. ¡Rutina incurable! Nuestra nacion, señor, ha de vivir siempre bajo la vigilancia interesada, mejor dicho, bajo la tutela de Inglaterra ó de Francia. La primera trabaja porque perdamos las Américas y porque se arruine nuestro comercio; la segunda no nos perdonará nunca el haber vencido á sus soldados, aunque fueran mandados por el general Buonaparte.

—En eso creo que tienes razon,—dijo friamente Fernando.

—Pues si tengo razon, ¿por qué no intenta Vuestra Majestad estrechar sus relaciones con un poderoso imperio, bastante fuerte para ser buen aliado, bastante remoto para no disputarnos nuestro territorio?

—Soy muy amigo de Alejandro—repuso el autócrata secamente.

—Pero esa amistad sería union indestructible, si Vuestra Majestad, que seguramente no puede permanecer soltero más tiempo, se enlazara con una princesa rusa.

Al decir esto, Ugarte habia pronunciado la última palabra del atrevimiento. Hubo una larga pausa. Observamos todos el semblante

del Rey, que con las piernas estiradas, las manos en los bolsillos del pantalon y la barba sobre el pecho, indolentemente tendido más bien que sentado en el sillón, no se dignaba contestar ni con palabras, ni gesto, ni mirada ni sonrisa á las palabras de Ugarte. Por último, le vimos mover los brazos, luego alzar la cabeza, y aguardamos con ansiedad vivísima el sonido de su voz.

—¿Te parece—dijo—que debo refrenar un poco á Negrete?

—Las atrocidades del comisario secreto son tan grandes—repuso Ugarte,—que convendría ponerle á un lado y prescindir de sus servicios. Ceballos tiene razon. Están tan irritados los andaluces, que son capaces de volverse todos liberales, si ese verdugo sigue haciendo de las suyas.

—La cuestion es delicada. Negrete tiene órdenes mías, y si intentamos sujetarle por la vía de las autoridades legítimas, no es fácil que ceda.

—Para eso se manda un nuevo comisionado á Andalucía, un hombre hábil, enérgico, ingenioso y muy discreto, Pipaon, por ejemplo—dijo D. Antonio mirándome.

—Nó,—replicó vivamente Fernando, mirándome tambien.—Yo no quiero que Pipaon

salga de Madrid por ahora.—Ya se buscará otro comisionado. Despues de todo, nada se pierde con que Negrete continúe sentando la mano algunos dias más. Andalucía está infestada de jacobinismo.

—Y Madrid tambien,—afirmó el duque.

—Las sociedades secretas rebullen por todos lados.

—No será porque dejamos de tener ministerio de Seguridad pública,—dijo con ironía el Rey.

—Echavarri encarcela á los mentecatos y deja en libertad á los pillos. Los calabozos están repletos de tontos. Pero ¿qué ha de suceder si los principales personajes del gobierno están inficionados de liberalismo? Ceballos es mason, Villamil y Moyano no ocultan sus ideas favorables á un sistema templado como el de Macanáz; Escoiquiz augura desastres; Ballesteros quiere que se dé una especie de amnistía; en toda España se conspira. Abrase un poco la mano y las revoluciones brotarán por todas partes como pinos en almáciga.

—Pues se cerrará la mano, se cerrará la mano,—dijo Fernando incorporándose en su asiento.—Duque, pon algunas líneas mandando á Negrete que siga aplastando el jacobinismo; pero con la condicion de que no sea

bárbaro... No se puede confiar á nadie una comision delicada...

Artieda acercó un velador con recado de escribir, y bien pronto la tertulia se trocó en oficina. El duque tomó una pluma.

—Ugarte—añadió el Rey,—puedes redactar las bases de la autorizacion que te doy para alistar el ejército expedicionario y demás. Me quedaré con tu borrador para meditarlo, y despues te daré la copia firmada.

D. Antonio tomó otra pluma. Acariciándose se la boca con las barbas de esta, miró al Rey.

—Permítame Vuestra Majestad—dijo—que decline el grande, el insigne honor que quiere hacerme, depositando en mi toda su confianza.

Fernando le miró con asombro, y los demás tambien.

—De nada serviria mi abnegacion, mi trabajo, mis grandes cavilaciones y proyectos—continuó el arbitrista,—si desde el principio tropezara con obstáculos insuperables. Yo he prometido á Vuestra Majestad reunir tropas y equiparlas, y comprar los buques necesarios para que vayan á América...

—Pero una cosa es prometer, y otra...

—Es que no puedo pensar en el desarrollo de mis proyectos, mientras sea ministro de Hacienda el Sr. Villamil.